

EL GATO NEGRO DE LA RUE DE BIÈVRE

PRODIGIOSA condensación de impresiones, imágenes, ritmos, olores, nada más bajar del avión en un aeropuerto en el que contra todo pronóstico no te espera nadie: acento isleño dulce a tus oídos, cálida inmediatez del aire, rostros morenos lampiños o birsutos, uniformes y gorras verde olivo, aromas vegetales difusos, tronco esbelto y langor de pencas de palmas reales. Vuelos irregulares, llegada a todas luces intempestiva, radiogramas sin aparente destinatario. Cumplir con las formalidades policiales, coger un taxi, dudar entre las señas de la Casa de las Américas y las del periódico dirigido por Carlos Franqui. Escoger las últimas y aterrizar con la maleta en el vestíbulo de Revolución custodiado por milicianos armados. Franqui acude a recibirte con sencillez, bromea el funcionario del servicio postal cubano, te acompaña al hotel Habana Libre en donde te han reservado una habitación.

Las plantas de todos los invernaderos de Europa parecen haber buído de golpe y haberse dado cita en La Habana: flamboyanes, buganvillas, araucarias, especie de hojas lobuladas, con ostidianas raíces al aire. Agitación callejera, exuberancia de ademanes y gestos, una mulata que camina calzada en sus pantalones, con un temblor de caderas, dirá el chofer, semejante al de un flan en la mano de un viejo.

Hay ciudades que se apoderan del viajero desde el instante de su llegada y otras que exigen un tratamiento cauteloso, de imprevisibles tropismos. Las hay también a las que el forastero no se adaptará jamás y su encuentro será como el de dos desconocidos que, después de charlar en un café o compartimento de tren, se separan con rumbos distintos.

Aire sutil de La Habana, embebido de luminosidad tenue e inconfundible: viento racheado del Malecón, empírea serenidad del Prado, brisa tutelar de muelles portuarios, atmósfera estancada de un callejón sacudida de leve temblor festivo.

Marea humana de la Revolución invadiendo las calles del Vedado. Manifestación contra el asesinato de un niño brigadista: desfile incesante de voluntarios, despliegue de pancartas patrióticas e iracundas, bimbo carraspeados por altavoces, letras burlonas, lemas y consignas.

Te abres camino con Franqui entre la masa de asistentes al acto, venidos a escuchar las palabras del Líder. De pronto, un vendedor de belados, obligado a ausentarse de allí unos minutos, confía con natural premura a tu acompañante la guarda de su carrito; para maravilla tuya, el director de Revolución atiende de buen humor el negocio y despacha mantecados a los clientes con la rapidez, eficacia y abinco de quien no hubiera becho sino esto a lo largo de toda su vida.

JUAN GOYTISOLO

Tus cartas a Monique transmiten sentimientos de arrobo y felicidad, se esponjan en una atmósfera solidaria propicia a la ilusión lírica: el pueblo ha recobrado su dignidad y lo proclama; la dicha está al alcance de todos; pese al boicoteo y las amenazas nadie está dispuesto a ceder. ¿Cómo vivir, después de tantos sueños frustrados, sin el fervor y apoderamiento de Cuba? ¿Qué mejor prenda de amor que invitarla a compartir contigo la Isla?

Curiosa sensación de vivir una prismática aceleración del tiempo. Reacción popular espontánea a la conferencia de Punta del Este y exclusión de la OEA: movimientos de vaivén sincopados, círculos de manos alzadas, clamor de millares de gargantas contra la inadmisibles intervención extranjera. Tercer aniversario de la caída de Batista: enfebrecidos discursos, frases coreadas con ritmo de pacbanga, empeño en defender las conquistas revolucionarias y dar la vida por ellas. Viaje a Santiago y provincia de Oriente: suntuoso esplendor vegetal, playas blancas, milicianos bailando bajo los cocoteros, zafra liberada de esclavitud secular, guajirros cortando alegremente la caña, discusiones y charlas políticas con fonética musical caribeña.

Experiencia literaria de Pueblo en marcha, exorcismo de tus contradicciones y culpabilidad ancestral. Operación de desconstruir moralmente un pasado que te fascina y deslumbró: apropiación de un universo mulato en cuyo dulzor te sumerges con inocente beatitud lustral.

Imposibilidad de distinguir en tu bisonería y confusión de ánimo la compleja superposición de estratos: lo español y lo africano, lo propiamente isleño, lo creado e impuesto por obra de la Revolución; presencia simultánea de un pasado residual condenado a extinguirse y de un futuro transmutado en presente con apresurado, jubilosos fervor.

Descubrimiento feraz del ámbito lucumi y abakud: plantas ñáñigos, diablitos danzantes, misterios del cuarto sambá, sincretismo religioso, sacrificios rituales, ceremonias y altares de santería. Querencia, orientación instintivas a zonas promiscuas y de existencia precaria: nocturnidad salina del muelle, cenas en la taberna San Román, veladas musicales con sirenas coriáceas e irredimibles, infinitos cubalibres en los cbañanes de Jesús María, mescolanza barrio-bajera de fecunda porosidad. Capilaridad y ósmosis de los dos planos: los milicianos de los Comités de Defensa son simultáneamente ñáñigos, las prostitutas se alfabetizan e insertan en los programas de reeducación.

El itinerario de tus merodeos, paralelos a los de un Infante difunto, comulgan con su premonitoria visión de Bulwer: rastreo minucioso de un mundo seductor y caduco antes de verlo inexorablemente barrido por el pompeyano torrente de lava, el fuego purificador.

Creencia medular en un destino compartido, libre de las nociones de clase social, poder económico, racismo, explotación, plusvalía. Pláticas vesperales en el Parque Central, vagabundeos agutadores por Regla y Guanabacoa, conversaciones con ron y música de vitrola, tuteo inmediato de allanadora familiaridad. Imantación personal a nuevos campos magnéticos, afinidades subterráneas y tácticas, ideales enardecedores todavía sin oxidar. El cero a que está sometida la isla instiga a cerrar filas, desdibuja y anula la frontera de lo público y lo privado. Acodado en tu balcón del piso decimotercero, contemplan exaltado y aprensivo el panorama de la ciudad transfigurada por el crepúsculo: horizonte cautivo, luz amedrentada y cobarde, leve trisación del aire, evanescente labor de esfumio, lenta, suave palpitación de gigantesco animal berido y jadeante.

Acebadero, mirador de diablo cojuelo, perdido en la reflexión solitaria: parpadeo intermitente de antenas en algún rascacielos, sombras agazapadas, siluetas confusas, avasalladora negrura, lamento sordo de bestia a punto de ser absorbida en el remolino y desaparecer contigo en la noche, en el vórtice del sumidero.

Como esa nubecilla aborregada e ingenua que, surgida sin saber cómo en un cielo nítido y liso, convocará poco a poco en torno a ella masas de bordes brillantes, expansivas, voraces, de bosca y amenazadora presencia, la aparición del primer, de los primeros síntomas de deterioro pasará inadvertida a tus ojos y será descartada por fútil e incierta, pese a la cauta previsión de los meteorólogos.

Por distintos medios y vías, tus amigos transmiten prudentemente el mensaje: Lunes ha sido cerrado, los funcionarios del Partido acaparan los puestos responsables, la cultura ha perdido su autonomía y acata paulatinamente las directivas de nuevos y obtusos comisarios. Silencio embarazado a tus preguntas, conversaciones interrumpidas por la llegada de extraños, inquietudes regularmente acalladas por tu voluntad de contrapesar los eventuales defectos con los beneficios inmensos que aporta la Revolución.

Walterio Carbonell, Padilla y Cabrera Infante te irán a despedir el 21 de febrero a Rancho Boyeros y tu agorera fotografía con ellos, conservada en tu Archivo de Boston University, aparecerá el día siguiente en las páginas del diario de Carlos Franqui.

Durante mi breve y última visita a Cuba —invitado junto a una cincuentena de escritores y artistas a las fiestas de aniversario del asalto al Moncada, en julio de 1967—, me encontré con una situación muy distinta de la que había conocido en mis anteriores estancias. A las dificultades creadas por el riguroso bloqueo estadounidense y los errores de la propia dirección cubana se había agregado un clima de reserva, cuando no

de temor, que quienes hemos sido educados bajo una dictadura captamos con mayor facilidad que las personas habituadas a los derechos y libertades de una sociedad democrática. No es mi propósito señalar aquí las transformaciones sufridas por el proyecto revolucionario cubano desde sus comienzos al fracaso histórico de la zafra gigante de 1970: a ellas me he referido en otro lugar y no volveré sobre el tema. Indicaré tan sólo que el entusiasmo popular que había conocido había sido sustituido con un entusiasmo de consigna, que disimulaba a duras penas su índole forzada, puramente oficial. La cordialidad de nuestra recepción, los esfuerzos desplegados por Franqui para facilitarnos las cosas y dar un tono de espontaneidad a las festividades no bastaban para ocultar la presentación de una burocracia ubicua y omnívota que, entre bastidores, seguía discretamente nuestros pasos. Recuerdo que durante el happening organizado por Franqui frente a la antigua funeraria Caballero fui entrevistado en directo por la televisión y, mientras estábamos preparando el esquema de lo que debía ser la entrevista, el periodista encargado de ésta me rogó que, al referirme a la narrativa cubana, no mencionara a Cabrera Infante pese a que por aquellas fechas no había roto aún con la revolución: obediendo en apariencia a sus consejos, me abstuve de citar su nombre pero observé que las novelas cubanas más importantes aparecidas en los últimos años eran *Paradiso*, *Tres tristes tigres* y *El siglo de las Luces*. El día siguiente, recibí una llamada telefónica en mi habitación del hotel Nacional: era Lezama Lima. Me agradeció la referencia que había hecho a su novela y añadió: «¿Sabe usted que es la primera vez que alguien ha hablado de ella en la televisión de mi país?» Pero, para la mayoría de los invitados, en especial aquellos que visitaban Cuba por primera vez y desconocían nuestro idioma, el viaje fue un éxito. Mis amigos franceses —Marguerite Duras, Nadeau, Guyotat, Schuster— estaban encantados con la atmósfera de libertad reinante que empujaba a sus ojos, según Dionys Mascolo, la que conocían en París. La luna de miel de Castro con los intelectuales europeos —calificados por él de únicos y verdaderos amigos de Cuba en un sonado discurso— había alcanzado su punto culminante. En 1967, el Líder Máximo admitía de buena gana sus observaciones y críticas. K.S. Karol, que entonces redactaba su libro sobre la revolución, era objeto de atenciones particulares por parte de Castro, a quien acompañaba en jeep y helicóptero en sus viajes por la isla. Surrealistas como Leiris y Schuster creían haber encontrado allí la revolución libertaria de sus sueños: cuando en el acto de inauguración del Salón de Mayor trepezaron con un estaliniano empedernido como Siqueiros, la poetisa Joyce Mansour le dio una formidable patada en el trasero «de parte de André Breton».

Para alguien que conocía bien Cuba y contaba con numerosos amigos entre sus escritores e intelectuales, la perspectiva era muy otra. Durante mi estancia en La Habana pude conversar extensamente con Franqui, Padilla y otros compañeros que no cito porque residen todavía en el país: por ellos me enteré de los problemas y obstáculos con que tropezaban, de la omni-

presencia policial, de los estragos de la autocensura. En el hotel Nacional recibí igualmente la visita de Virgilio Piñera: su deterioro físico, el estado de angustia y pánico en el que vivía se advertían a simple vista. Receloso, como un hombre acosado, quiso que saliéramos al jardín para conversar libremente. Me contó con detalle la persecución que sufrían los homosexuales, las denuncias y redadas de que eran objeto, la existencia de los campos de la UMAP. Pese a sus repetidas y conmovedoras pruebas de apego a la revolución, Virgilio vivía en un temor constante a la delación y el chantaje; su voz era trémula y aun recorriendo los bellos y bien cuidados arriates del hotel, se expresaba mediante susurros. Cuando nos despedimos, la impresión de soledad y miseria moral que emanaba de su persona me resultó insoportable.

Mis sentimientos y opiniones acerca de la revolución cubana se habían modificado sensiblemente durante aquel rápido y agotador viaje. El proyecto de sociedad más justa e igualitaria, pero democrática y libre preconizado en sus orígenes por el 26 de Julio había sido reemplazado con un esquema que conocía muy bien desde mis viajes a los países del bloque soviético: ese «socialismo real» en el que, como dije en una ocasión el líder estudiantil berlinés Rudi Dutschke, «todo es real excepto el socialismo». Desde entonces, mi sosten exterior a aquella carecía de convicción y entusiasmo. Con la partida discreta de Franqui poco antes del discurso de Castro en el teatro Chaplin en agosto de 1968, mi esperanza un tanto vaga en una modificación de la línea caudillista y sectaria disminuyó todavía: en un lapso de dos o tres años, Cuba había dejado de ser para mí un modelo.

Mientras consumía mi porción de alcuzcuz en el restaurante marroquí de la antigua oficina de *Libre*, comencé a reparar en mis adentros las etapas de aquel distanciamiento paulatino mío del régimen de Castro: el paso de esa «efusión lírica» que detectaba en mis compañeros de viaje de 1967 —la de los «turistas revolucionarios» magistralmente descritos por Hans Magnus Enzensberger— a una actitud más prosaica y lúcida propia de quien ha dejado de ver las cosas con las anteojeras de la ideología y ha perdido bastantes plumas a lo largo del accidentado proyecto.

El 8 de noviembre de 1968, hacia las dos y pico de la tarde, había bajado como de costumbre al bulevar de Bonne Nouvelle a estirar un poco las piernas y comprar *Le Monde*, cuando una crónica del correspondiente del periódico en Cuba llamó bruscamente mi atención: «El órgano de las Fuerzas Armadas denuncia las maniobras contrarrevolucionarias del poeta Padilla.» El artículo, firmado con las iniciales de Saverio Tutino —enviado especial asimismo del *Paese Sera*— reproducía algunos pasajes de la filípica de *Verde Olivo* contra el poeta, a quien acusaba no sólo de un catálogo de provocaciones literario-políticas, sino también —lo cual era mucho más grave— de haber «dilatado alegremente» los fondos públicos durante la etapa en que había dirigido Cubartimpex. Según el autor del editorial, Padilla encabezaba a un grupo de escritores cubanos que se dejaban arrastrar por el sensacionalismo y modas foráneas

«creando obras cuya molición se mezcla a la pornografía y la contrarrevolución».

La polémica de Heberto con Lisandro Otero y la antigua y nueva redacción de *El Caimán Barbudo* durante el verano y otoño de 1967 sobre los méritos comparados de *Tres tristes tigres* y una novela hoy justamente olvidada del entonces vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura había dividido al mundillo intelectual cubano en dos bandos opuestos e inconciliables: Padilla, con una temeridad rayana en la inconsciencia —esa actitud desenfadada que le conduciría a jugar un juego muy superior a sus fuerzas y para el que a todas luces no estaba moral ni físicamente apercebido— había contrapuesto el talento literario del emigrado a la mediocridad del escritor oficial, motejado a la Unión de Escritores de «casarón de figurones» y arremetido contra «las falsas jerarquías establecidas a partir del ángulo de flexión de la espina dorsal del escritor, su edad y los cargos desempeñados en el gobierno»; en Cuba, concluía el poeta, «se da el caso de que un simple escritor no puede criticar a un novelista vicepresidente sin sufrir los ataques del cuentista-director y los poetas-redactores parapetados detrás de esa genérica, la redacción».

Sus sarcasmos a la docilidad y conformismo de sus colegas suscitaron una serie de reacciones de los «jóvenes autores revolucionarios» agrupados en *El Caimán Barbudo* y del propio Otero. Cuando el eco de la polémica no se había desvanecido todavía, la ruptura pública de Cabrera Infante con la revolución y la recompensa obtenida por *Fuera de Juego* en el concurso anual de la UNEAC volvieron a colocar a Padilla en el candelero. Puesto en una situación inconfortable por la violencia del ataque de su defendido, Padilla reaccionó con su ambigüedad característica: si por un lado se desolidarizaba de Cabrera Infante en una carta enviada a *Primera Plana*, del otro —dentro de una perspectiva oficial— mantenía sus «provocaciones». Sea como fuere, su vulnerabilidad era evidente y la lectura de la nota de Tutino en *Le Monde* colmó de inquietud a sus amigos.

Por consejo de Franqui, me puse en contacto con Cortázar, Fuentes, Vargas Llosa, Semprún y García Márquez y, desde el despacho de Ugné Karvelis en Gallimard, intenté comunicarme telefónicamente con Heberto. Ante la inutilidad de mis llamadas —su número nunca respondía— resolvimos enviar un telegrama firmado por todos nosotros a Haydée Santamaría en el que, tras declararnos «consternados por las acusaciones calumniosas» contra el poeta, manifestábamos nuestro apoyo «a toda acción emprendida por Casa de las Américas en defensa de la libertad intelectual». La respuesta telegráfica de Haydée —recibida dos días más tarde— nos llenó de estupor:

Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla. La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra revolución, la Revolución cubana, y la directora de Casa de las Américas estará siempre como quiso el Cbe: con los fusiles preparados y tirando cañonazos a la redonda.

Desde entonces, poco o muy poco había vuelto a saber de Padilla y una serie de amigos que, como Virgilio, Rodríguez Feo, Lezama, Arrufat, Walterio Carbonell o Pablo Armando Fernández, parecían directamente afectados por las denuncias de Verde Olivo y la UNEAC y la aprobación del poder cultural por parte de ese grupo de arribistas desenfadados que se habían distinguido tres años antes por sus absurdas y lamentables invectivas contra Neruda. El número de viajeros de

confianza se había reducido considerablemente desde el eclipse de Franqui y los recados o cartas en clave que a veces recibía sugerían ya ese clima de desconfianza casi paranoica tan elocuentemente descrito por Jorge Edwards en su controvertido relato: el proyecto justiciero y fraterno de Marx había sucedido a no dudar la tangibilidad del universo de Orwell.

La vida (a)leve

LA MEMORIA

—Valdría la pena poner alguna placa conmemorativa —dijo el Gallo.

—Bueno, pero yo no recuerdo nada. Casi no tengo memoria —se apenó el Zorro. —¿Y tú? —se dirigió a mí.

—Yo recuerdo varias cosas. A veces esto, a veces aquello, pero las más de las veces nada especial.

—¿Como qué?

—Se me fue.

—Es la mejor prueba de que una placa conmemorativa es necesaria —afirmó el Gallo. —Sin ella ustedes no recuerdan nada.

—Pero ¿a qué dedicamos la placa, si nadie de nosotros recuerda nada más?

—No importa. Vamos a poner una placa conmemorativa en blanco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Al portador. Nosotros ponemos la placa y cada uno que la mire recordará lo que quiera. Lo más importante es que sea una placa.

Dicho y hecho. Pusimos una placa muy hermosa. En ella hay grabada una inscripción: "En memoria de", y tres puntos suspensivos.

Salió muy bonito. Al otro día regresamos para ver cómo funcionaba.

Frente a la placa estaban parados dos.

—¿Ustedes pusieron esta placa?

—Sí. Es linda, ¿no?

—Hagan el favor de acompañarnos.

Nos condujeron a una oficina. No era la oficina de correos.

—Ustedes pusieron la placa en memoria de esto que no se debe.

—No tanto. La placa es, pues, en memoria de quien se quiera.

—Nosotros sabemos bien qué se quiere.

—Pero pueden ser varias cosas. No todos quieren lo mismo.

—Nosotros ya sabemos bien qué quieren todos.

—En este caso nosotros queremos totalmente lo contrario.

—¿Qué contrario?

—Lo contrario de lo que ustedes piensan que nosotros queremos.

—Nosotros ya sabemos qué quisieron ustedes.

—Justamente. Y nosotros al revés.

—¿Qué al revés?

—Al revés de eso que ustedes tienen en mente que nosotros tuvimos en mente.

—Ajá, es decir que reconocen que tuvieron algo en mente.

—Sí, pero lo otro.

—¿Sin subterfugios! Para pensar lo otro, antes hay que pensar eso.

—¿Qué?

—Eso. Precisamente lo que no se debe.

Tuvimos que darles la razón aunque éramos inocentes. La lógica es la lógica.

Nos pusieron en libertad a condición de que no pensáramos en general. De regreso pasamos cerca de la placa. Pero la placa ya no estaba.

—¿Piensas en algo? —me preguntó el Zorro a media voz.

—¡Yo, ni modo! —contesté en voz alta. —¿Tal vez el Gallo?

—Yo pienso... —empezó el Gallo, también en voz alta.

—Pues, mejor lo dejas —le interrumpió el Zorro con un susurro.

—¿Por qué? —se opuso el Gallo en voz alta. —Yo sólo pienso por mí mismo que sería bueno poner una placa conme...

No pudo terminar porque el Zorro le tapó el pico con su pata. Sin embargo, el Gallo logró liberarse con gran energía.

—¿De qué se trata? —gritó parándose. —Yo solamente propongo poner una placa conmemorativa en memoria de la placa conmemorativa.

No logramos expresar nuestra opinión acerca de la propuesta porque se nos acercaron dos.

—¡No se paren ni hagan aglomeraciones! —dijeron. —¡Circulen, circulen!

Y circulamos, pues, circulamos.

Slawomir Mrozek

Traducción de Jerzy Kühn

Tomado de la revista *Kultura*. París, mayo de 1985